Miércoles, 9 de mayo 2012

El Descenso a la parálisis.

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/05/descent-into-stasis.html

Con la ayuda del antiguo filósofo griego Polibio he intentado describir en las últimas semanas la trayectoria que tienden a seguir las democracias y en particular la de los Estados Unidos en el tiempo. El patrón cíclico que describe Polibio, que ya ha completado tres veces la política estadounidense en el curso de su historia, se inicia cuando casi todo el poder político de la nación se concentra en una sola persona y sigue con la dispersión del poder hasta el punto en que todo el sistema político alcanza un punto muerto que sólo una crisis masiva puede romper. De acuerdo con ese modelo, ahora estamos en la etapa de estancamiento que coincide con la máxima distribución del poder.

Por supuesto, esta interpretación va en contra de la narrativa estándar que rodea el poder en la América de hoy. Ambos lados del espectro político insisten en estos días en que hay demasiado poder en manos de la otra parte, por lo menos cuando la otra parte está en la Casa Blanca o tiene mayoría en el Congreso. Cuanto más alejado de la corriente principal, más estridentes serán las voces que escuchará insistiendo en que algún pequeño grupo (de muy diverso tipo) se ha hecho con el poder absoluto sobre el sistema político de Estados Unidos y lo está ejerciendo en su propio beneficio. La identidad del pequeño grupo en cuestión varía enormemente: es difícil pensar en alguien que no haya sido acusado, en algún momento de los últimos cincuenta años más o menos, de ser la elite secreta que lo maneja todo. La teoría de que algún grupúsculo tiene todo el poder aparece por doquier: ya se trate de Occupy Wall Street hablando del nefasto 1% o del Tea Party hablando de la igualmente nefasta elite liberal, la convicción de que el poder se ha concentrado en las manos equivocadas es ubicua en los Estados Unidos de hoy.

Es una idea atractiva, especialmente si usted quiere encontrar algún culpable de la situación actual en este país, y por supuesto la caza del chivo expiatorio es un deporte muy popular en tiempos difíciles. Aún así, me gustaría sugerir que una percepción alternativa explica mucho mejor el estado actual del sistema político estadounidense. La alternativa que tengo en mente es que el sistema político se dirige hacia adelante como un coche sin conductor a lo largo de una trayectoria establecida por las políticas anticuadas de una época anterior y que ahora nadie es responsable en absoluto. Aunque esta forma de pensar sobre el poder en Estados Unidos es impopular, creo que tiene mucho más sentido que la noción extendida del control ejercido por la elite para explicar nuestra difícil situación.

Es importante entender lo que significa mi propuesta y, aún más importante, lo que no quiere decir. Una gran parte de los que insisten en que el poder en Estados Unidos está en manos de una pequeña elite presentan como evidencia el hecho de que un número relativamente pequeño de personas consiguen una parte obscenamente grande de la renta y la riqueza nacionales, y tienen toda la razón. Las últimas tres décadas más o menos han visto como los EE.UU. se convertían en algo parecido a una cleptocracia tercermundista, el tipo de estado fallido en el que un puñado de personas políticamente bien conectadas saquean la economía en su propio beneficio. Cuando los ejecutivos bancarios votan bonificaciones millonarias de los fondos del gobierno para ellos y sus compinches mientras sus bancos pierden miles de millones de dólares al año, sólo por nombrar un ejemplo obvio, es imposible hablar de la situación con honestidad y sin emplear palabras como "saqueo".

Aún así, la posibilidad de saquear una esquina de un sistema complejo no es lo mismo que la capacidad de controlar todo el sistema. La libertad con la que tantas personas saquean las instituciones que supuestamente deberían gestionar también debe entenderse como una señal de que no hay ningún centro de poder eficaz dispuesto a defender los intereses fundamentales del imperio de Estados Unidos ante la muerte por hemorragia financiera. El único poder que necesitan los ejecutivos de, por ejemplo, Goldman Sachs es el poder para bloquear cualquier esfuerzo que pudiera evitar el saqueo de su banco hasta dejarlo en los huesos para su enriquecimiento personal, o para cortarles el acceso a los dólares de los impuestos que ha hecho que el proceso fuera tan lucrativo. No hay duda de que tienen todo ese

poder, pero en cierto modo es un poder que comparten hoy muchos otros grupos de presión en Estados Unidos.

Considere las industrias de defensa que se afanan en lucrarse con el caza F-35, un programa impresionantemente corrupto para lograr beneficios corporativos que da enormes bocados a los presupuestos de defensa de los EE.UU. y de otras naciones. Tras años de retraso y billones de dólares en presupuesto, el F-35 es según todos los expertos independientes un fiasco de un avión, menos manejable y más vulnerable que los aviones de combate diseñados hace décadas a los que se supone que van a reemplazar. El consorcio de intereses que se beneficia de su fabricación tiene el poder para mantener el proceso en ebullición, mientras la demora se extiende durante décadas y los sobrecostes se disparan hasta la Luna, pero ese es todo el poder que necesitan. Es más de lo mismo sostener que ellos son capaces de fabricarlo cuando el proyecto F-35 se opone directamente a los intereses fundamentales de Estados Unidos: si los EE.UU. y sus aliados están equipados de un caza de mala calidad, en un momento en que China y Rusia están muy ocupados probando aviones mucho mejores, existe el riesgo de una humillante derrota en una guerra futura, y sin embargo el programa avanza sin parar.

Ejemplos del mismo tipo se pueden multiplicar sin fin y no se limitan a las corporaciones. Las ciudades y condados en todo Estados Unidos, por ejemplo, están yendo a la quiebra por el coste de los sueldos del sector público y los beneficios que los sindicatos políticamente influyentes han logrado sacar de políticos locales vulnerables o compatibles. Igualmente, otros países —China e Israel vienen a la mente— han aprendido a hacer uso de la dispersión del poder estadounidense para sus propios intereses. No importa cuan descaradamente los chinos manipulen su moneda o eludan los derechos de propiedad intelectual, siempre y cuando mantengan su lobby en Washington bien engrasado y financiado, están a salvo de cualquier respuesta significativa por parte del gobierno de Estados Unidos. He llegado a sospechar que la única razón por la que el gobierno estadounidense se las tiene tiesas con Irán es que los escrúpulos religiosos del gobierno iraní les impiden comprar la inmunidad como hacen los chinos. Tienen petróleo y por tanto el dinero necesario; sin duda podrían (si no hubieran abandonado sus ideales en el camino) tener su propio lobby influyente capaz de bloquear la legislación hostil en el Congreso.

El poder que ejerce cada uno de estos grupos es por lo general un poder de veto. Puede que no sean capaces de lograr nuevas políticas en la jungla de intereses contrapuestos de Washington, una tarea que es cada vez más difícil de gestionar, pero pueden evitar políticas que no les interesan y pueden apoyar cualquier política que les beneficie o favorezca su capacidad para saquear el sistema. Ellos tienen ese poder de veto, a su vez, porque nadie en la América contemporánea tiene el poder de hacer nada sin apoyarse en una coalición temporal de centros de poder, cada uno de los cuales tiene su propia agenda y cada uno de ellos intenta por todos los medios aumentar el tamaño de su trozo de la tarta de la toma de decisiones.

No todos los centros poder que funcionan en la política estadounidense tienen poder de veto, que conste. Un gran número de grupos se han convertido en grupos cautivos de otro de los centros de poder existentes, y por lo tanto han perdido cualquier influencia que pudieran haber tenido. Basta comparar la forma en que el Partido Demócrata ha tomado el control del movimiento ecologista o la forma en que los republicanos han realizado el mismo truco con los propietarios de armas. En ambos casos, el partido puede pasar por alto los intereses de su electorado cautivo hasta que lleguen las elecciones, y luego bombardear la circunscripción con propaganda insistiendo en que si la otra parte gana las elecciones va a hacer cosas horribles para el medio ambiente o a derogar la Segunda Enmienda. La otra parte juega de buen grado su papel en este teatro de policía bueno – policía malo lanzando ladridos amenazantes sobre el derechos a llevar armas de fuego o sobre las cuestiones ambientales según corresponda. Es una estafa eficaz y se nutre de los ambientalistas (para votar demócrata) y de los propietarios de armas (para votar republicano), a pesar de que ambas partes no hacen más que dar que largas y buenas palabras en los temas que importan a cualquiera de los grupos.

Para los miembros de los grupos cautivos, todo esto alimenta la creencia de que debe haber alguien en el sistema que tiene el poder que les falta; después de todo ellos siguen votando por las personas adecuadas, y sin embargo ¡nunca consiguen que sus políticas salgan adelante! Como muy pocos propietarios de armas se sientan y comparten unas cervezas con los ambientalistas, raramente tienen la oportunidad de comparar notas y observar que ninguna de las partes está consiguiendo lo que quiere y,

lo que es peor, que el mismo truco están utilizando con ambos. El único lugar del espectro político donde hay unanimidad está fuera del sistema, donde la extrema izquierda llega a coincidir con la extrema derecha, y comparten creencias paranoicas extremas culpando de todo a los masones, a los judios o a los imaginarios extraterrestres reptilianos de David Ickes.

Así como la capacidad para hacerse con una parte no es igual que controlar todo el sistema, la capacidad de manipular un puñado de grupos de presión políticamente ingenuos no es igual a la capacidad de manipular todo el sistema. Precisamente porque hay un grupo que ostenta un monopolio efectivo sobre el poder, los partidos políticos y otros centros de poder tienen que recurrir a artimañas complicadas y caras para negociar conjuntamente las coaliciones temporales que les permiten aferrarse a todo el poder que tienen y, en ocasiones cada vez más raras, forzar la oportunidad a través de alguna medida política o de otro tipo que favorezca a sus intereses.

A medida que el sistema se fosiliza en un punto muerto, ocurre que las políticas que funcionaron años o décadas se aplican cada vez más tenazmente ante los cambios. Incluso aquellas políticas que tengan graves defectos obtendrán inevitablemente el apoyo de aquellos que se benefician de ellas, así como de los empleados de las burocracias gubernamentales cuyos empleos se perderían en caso de un cambio de política. Maquiavelo señaló hace mucho tiempo que las reformas siempre luchan con una mano atada, pues los que se benefician del status quo lucharán ferozmente para agarrarse a lo que tienen, mientras que los que podrían beneficiarse de la reforma tienen menos incentivos para luchar por las ganancias que ellos saben perfectamente que quizá nunca lleguen a ver. El apoyo mutuo entre los centros de poder que tienen un interés común en mantener inmóvil el status es la base exacta de la receta de la salsa para el tipo de parálisis que se produce en los EE.UU. cada setenta u ochenta años, hasta que el ciclo (como se discutió en el post de la pasada semana) se acerca a su fin.

La forma como termina juego tiene un interés mucho mayor que el puramente académico. En 1860 y 1932 había un sistema político congelado en el estancamiento; fue incapaz de dar una respuesta constructiva a las crisis hasta que por fin la crisis no pudo ser ignorada por más tiempo y el sistema se hizo añicos. En el caos resultante, un candidato inesperado con seguidores muy fieles fue capaz de reunir apoyo suficiente de los centros de poder que quedaban y del pueblo en general para ganar la Casa Blanca y tuvo la fuerza para pilotar los cambios que redefinieron el panorama político en las décadas siguientes. En la crisis de parálisis actual, esa es una posibilidad, pero posibilidad no significa certeza y en ninguna parte está escrito que una crisis de este tipo vaya a tener por fuerza un final feliz.

El alcance y la magnitud de las crisis que afectan a Estados Unidos, que ya está al final de la tercera vuelta en el circuito de la anaciclosis, plantea un desafío mucho más importante que los que marcaron el ciclo en los años anteriores. En 1860, como hemos visto, la cuestión era cuál (entre dos ecologías humanas incompatibles entre sí) se haría con el dominio del continente de América del Norte; en 1932, fue más simple aunque todo un desafío: cómo hacer para retirar de la garganta de la nación los dedos muertos de una ideología económica fallida. Ahora, los Estados Unidos se enfrentan a dos dificultades inmensas y paralelas, ninguna de las cuales tiene el tipo de solución directa que Lincoln y Roosevelt, respectivamente, aplicaron.

La primera dificultad, como he discutido en detalle en estos posts, es que el imperio global establecido por los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial se está desmoronando. El estilo americano "*american way*" del imperio —la costumbre de dejar la administración de los países en manos de gobiernos títeres que proceden de las elites locales — era más barato que el enfoque tradicional de sometimiento y gobierno ejercido por un virrey imperial, pero resultó ser más sensible y vulnerable a los cambios y menos rentable para el gobierno imperial: las corporaciones estadounidense se han beneficiado enormemente de la bomba de la riqueza aplicada sobre América Latina, por ejemplo, pero muy poco de ese dinero acabó en las arcas del Tesoro de Estados Unidos, donde podría ayudar a cubrir los costes del imperio.

A medida que el imperio estadounidense se tambalea las potencias rivales aumentan su capacidad militar y aplican presión en cualquier lugar donde creen que puedan salirse con la suya, aunque sin llegar a enredarse en una guerra prematura. Los militares de EE.UU. reaccionan con el mismo tipo de respuesta estereotipada que caracterizó los últimos años del imperio británico, se preparan para luchar

como en las guerras pasadas si bien con una tecnología cada vez más sofisticada y cara, mientras que sus probables adversarios muestran todos los signos de estarse haciendo las preguntas adecuadas sobre los aspectos básicos que producirán súbitas revoluciones en la práctica militar. Cada vez que ha sucedido esto, los resultados casi nunca han sido buenos para el poder imperial establecido, y no hay razón para pensar que ahora las cosas van a ser muy diferentes.

Mientras tanto, el "Imperio del tiempo" de América que se desarrolló durante más de un siglo y medio sobre su inmensa base de recursos energéticos se está evaporando. La reciente conquista de las reservas de gas de esquisto ha servido sobre todo para subir el precio de las acciones de las empresas de perforación y ha permitido que algunos ricos en posiciones influyentes realicen otra ronda de saqueo; todos hemos escuchado las declaraciones exultantes de que los Estados Unidos pronto se convertirá en un exportador de energía, pero ni siquiera se han hecho los cálculos y es una apuesta segura que el gas de esquisto después de unos años quedará en el limbo de las promesas, como el etanol y todas las fuentes de energía que supuestamente iban a reemplazar al petróleo para mantener funcionando sin problemas la era industrial. La economía americana es totalmente dependiente de ingentes cantidades de petróleo. También lo es el aparato militar estadounidense. Tendrían que comenzar a implantarse con antelación cambios drásticos para amortiguar esta dependencia, cambios que van mucho más allá de los pequeños pasos como la fabricación de unos pocos coches eléctricos o la construcción de un buque de guerra alimentado biodiesel, y esos cambios no están llevando a cabo.

Los dos primeros imperios se resolvieron en el campo de batalla (Guerra de Secesión y II Guerra Mundial). No se pueden prever las consecuencias si el tercero terminara por resolverse de la misma forma. El largo debate sobre cómo era la esencia de la ecología humana de los Estados Unidos no puede cerrarse mediante el diseño de un conjunto actuaciones para superar el desequilibrio entre la riqueza real y un sistema financiero disfuncional, como ocurrió en tiempos de la Gran Depresión. Serán necesarios cambios radicales en todos los aspectos de la vida estadounidense, comenzando con una fuerte reducción en los niveles de vida y la forzosa renuncia a privilegios que la mayoría de los estadounidenses piensa que son suyos por derecho (incluso en los buenos tiempos causaría una inmensa crisis y estos no son los mejores tiempos). Nuestro sistema político ha pasado los últimos treinta años tratando precisamente de eludir estos temas, mientras se hunde más y más en el marasmo, y es tiempo de jugar nuestras bazas ahora que parece que ha llegado la crisis al mismo tiempo que la política estadounidense se congela por completo.

Eso podría dar como resultado el tipo de shock sistémico que lleve a la Casa Blanca a otro candidato inesperado con apoyo contundente, capaz de catalizar cambios inmensos en la nación. También podría originar un choque sistémico extremo que rompiese en pedazos una nación. En las próximas semanas seguiremos discutiendo estas y otras posibilidades.